

<http://biblioteca.d2g.com>

Método para escribir

Bernardo Atxaga

Para escribir un cuento a vuelapluma, o, lo que es lo mismo, para escribir un cuento a la manera de Cervantes y demás clásicos — que eran, al parecer, escritores veloces y poco amigos de tachaduras y notas al margen—, únicamente se necesitan dos cosas: la pluma estilográfica y una cualidad que, para dar cierto misterio a este comienzo y evitar de paso la aridez propia de todo método, denominaré pura y simplemente CEV, sin mayor detalle. Bien, ¿hemos conseguido ya la pluma? Si es así, numeremos ahora los folios que nos proponemos llenar —uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, por ejemplo—, y coloquémoslos cuidadosamente al alcance de la mano. Bien, ¿está todo en orden? ¿Estamos ya sentados ante la mesa y con unas ganas enormes de escribir un cuento a vuelapluma? Bien, de acuerdo. Ha llegado la hora de que nos concentremos un poco.

«Como el aire que respiramos trece veces por minuto», dice el poema, pero a los que queremos escribir un cuento a vuelapluma se nos exige un poco más. Trece veces por minuto es mucho. Demasiadas inspiraciones y, sobre todo, demasiadas expiraciones. Con 12 nos debería bastar, y sería deseable que pudiéramos bajar a 11 o incluso a 10. En realidad, cuanto menos movamos nuestros pulmones, mejor para nuestra concentración, más probabilidades de alcanzar un estado propicio para la aparición de esa cualidad que denominamos CEV. Pero, cuidado, nada de hazañas, nada de forzar las cosas hasta el extremo de llegar a las cero inspiraciones: estamos aquí para conseguir el CEV, no el RIP; estamos aquí para escribir un cuento sencillo, y la *gloria post mórtem* queda muy lejos de nuestras apetencias.

De acuerdo, ya vamos controlando nuestra respiración y concentrándonos en lo que la naturaleza, tan consoladora, tan ayudadora de los que necesitan salir de sí mismos, nos ofrece justo al otro lado de nuestra ventana. Observemos con atención: ¿qué se ve desde la ventana? ¿Acaso un cielo que, a medida que la tarde avanza, va ganando en dulzura y ya se adorna de una luna color gris humo? ¿Y algún parque? ¿Se ve algún parque? ¿Se ve, quizá, una ría que, viniendo del mar, acaba adentrándose en la parte baja de una ciudad industrial? Bien, imaginemos que eso es precisamente lo que se ve, puesto que el tipo de paisaje no afecta a nuestro propósito y cualquiera puede servir de ejemplo. De todas formas, vamos a mantenernos en esa posición contemplativa durante un buen rato, fijándonos además en todo lo que se mueve frente a nosotros. Por nada en especial, sólo para lograr más fácilmente esa concentración que nos llevará al CEV.

Hay cosas que no se mueven o parecen no moverse. El cielo, por ejemplo, o la luna color gris humo, o la ciudad industrial que se extiende y eleva a partir de las dos orillas de la ría. Se mueven, sin embargo, las hojas de los árboles del parque y los pájaros que revolotean aquí y allá buscando las migas que los paseantes han arrojado sobre la hierba. Y los propios paseantes también se mueven, y lo mismo sus perros, sus pelotas y sus discos de plástico. Y el que más se mueve de todos es un anciano que —en una de las plazoletas del parque, tras un seto— brinca una y otra vez y parece bailar una jota. Reflexionemos un poco, concentrémonos un poco más: ¿qué hace en realidad ese anciano? ¿Intenta entretener al nieto que, posiblemente, se ha puesto a llorar en su cochecito? Claro, no lo podemos saber, por el seto, por ese parapeto que sólo nos permite ver su cabeza y sus hombros. Pero, vaya, ha pasado un instante y la escena cambia, el bailarín ha dejado de moverse, la proximidad del matrimonio que pasa junto a la entrada de la plazoleta le ha hecho parar.

En lugar de bailar y brincar, ahora examina las hojas de una planta con la aplicación de un naturalista. Pero pasa otro instante, aleja el matrimonio de la plazoleta, y ya vuelve el anciano a la carga, ya está brincando otra vez. Desde luego, ¡qué bailarín más raro este anciano! Porque, además, va vestido de traje y corbata, lo cual debe de resultarle bastante incómodo. Pero, en fin, no nos importa. Como tampoco nos importa mucho ese cuervo que vuela por encima del anciano para alcanzar la zona del parque en la que pululan los gorriones y que está cubierta de migas de pan. Y las migas forman una alfombra blanca, y el cuervo que se acaba de posar allí parece verdaderamente negro. Y nuestra pluma, la pluma estilográfica que habíamos dejado sobre el primero de los 11 folios, también parece verdaderamente negra, tan negra como cualquiera de las del cuervo. Y ya estamos contemplando nuestros folios y nuestra pluma, ya se nos van los ojos tras esa plumilla dorada que —por su forma, por sus arabescos, por su agujerito central— tanto recuerda la cabina de un Sputnik o de un Polaris. Bien, el ejercicio de concentración está a punto de terminar, ya ha llegado casi el momento de emplear esa cualidad que juzgábamos necesaria para escribir un cuento a vuelapluma y que denominábamos CEV.

CEV, vaya trío de letras. Parecen referirse a una caja de ahorros o a un impuesto. Pero no, en nuestro caso forman la abreviatura de una capacidad que, con barbarismo incluido, todos los practicantes de la escritura a vuelapluma llaman *capacidad empática voladora*; expresión en la que las palabras *capacidad* y *voladora* significan lo que todo el mundo sabe, en tanto que *empática* —término que todavía no figura en los diccionarios españoles— significa la habilidad de imaginarse uno mismo en la situación de otro o de

otros. Bien, querido lector, querido alumno: ya intuye usted lo que le toca hacer ahora. Efectivamente, debe aprovechar la concentración que ha alcanzado mirando por la ventana para identificarse con la pluma que tiene sobre el primero de los 11 folios y ponerse a volar con ella. Recuerde: esa pluma es un cohete —un Sputnik, un Polaris—, y puede sobrevolar la ciudad para regresar luego con una o mil historias.

De acuerdo, no es fácil. Al menos, la primera vez no es fácil. Ocurre como con ciertas posturas de yoga, que en el método o en el vídeo del maestro parecen naturales y fáciles de imitar y que, sin embargo, acaban a veces por lesionar al alumno, cuando no por desmoralizarlo. Pero dos o tres fracasos no nos deben preocupar. La gloria de la literatura a vuelapluma corresponde a los fuertes, a los incansables, a los voluntariosos que, como el alción, construyen una y otra vez el nido que las olas del mar han desbaratado. Recuerde, entonces: si no lo consigue a la primera, tranquilo. Es normal. Hay gente que lo ha conseguido en el decimoséptimo intento.

Vayamos ahora, tras la advertencia y la tranquilidad que, suponemos, dicha advertencia habrá proporcionado a todos, con el ejercicio. ¿Confía usted en su CEV? ¿Sigue concentrado con sus nueve o diez inspiraciones por minuto? ¿Sí? Maravilloso. Ya ha recorrido usted la mitad del trayecto. Bien, amigo: fije ahora su mirada en la plumilla, fíjese en su color dorado, en sus arabescos, en su agujerito, en las minúsculas letras que la recorren de izquierda a derecha, o de derecha a izquierda, o del centro hacia arriba, o del centro hacia abajo, justo hacia ese grano que tiene la plumilla en la punta, y ¿lo ve? ¿Ve cómo empieza esa punta a levantarse? Pero no es únicamente la punta, es toda la plumilla la que se levanta, o mejor, es la pluma misma, o quizá no sea exactamente la pluma, sino, por decirlo así, su doble espiritual, su *phantasma*, como decían los griegos, y ahí lo tiene, ¡ahí va! ahí va esa nave nuestra, idéntica en todo a la pluma estilográfica que sigue sobre el primero de los folios, pero que, al contrario que ésta, hecha de metal o de plástico, parece ser como la luna, de la misma naturaleza que el humo. Y ¡ahí sigue!, o, mejor dicho, ¡ahí vuela!, ya se marcha a través de la ventana, dejando atrás la casa y el parque, ya apunta su plumilla hacia la ría y la ciudad. Nuestro CEV ha obrado el milagro.

Nada más ganar altura, la nueva perspectiva nos permite ver lo que antes no podíamos, el tejado de nuestra casa, por ejemplo, o la simetría con que fueron plantados los árboles del parque, o la verdadera situación del anciano que habíamos visto bailar y dar brincos en una de las plazoletas. La escena nos había parecido un tanto extraña, pero al mismo tiempo comprensible desde el punto de vista de lo que podríamos llamar *abuelidad*, ya que le suponíamos

acompañado de un bebé necesitado de entretenimiento. Pero resulta que el anciano —lo ve muy bien nuestra pluma voladora— está completamente solo, sin niño alguno. «¡Qué bailarín más raro ese anciano!», habíamos exclamado antes. Ahora podríamos decir lo mismo, y con mayor convicción. De todas formas, no conviene que nos entretengamos con ese pequeño misterio que se nos ha presentado nada más remontar el vuelo, sino marchar hacia esa ciudad que, en este ejercicio, y por capricho de los que hemos colaborado en este método, no es otra que Bilbao.

Todos los misterios son buenos para el que desea escribir un cuento a vuelapluma, pero la ciudad —Bilbao o cualquier otra— suele estar llena de ellos, y no hay que ofuscarse con el primero que nos salga al paso. Como tampoco hay que ofuscarse con la primera historia que nos cuenten en el viaje. Porque puede ocurrir —es un ejemplo, pero más frecuente de lo que parece— que el cuervo que andaba por el parque se acerque a nuestra pluma voladora y le diga:

—Mira, sinceramente, hay algo que todavía no he contado a nadie, pero que ya no puedo guardar por más tiempo. Pues resulta que estaba el otro día en el bosque con un queso en el pico, y en esto que se me acerca un zorro y me pide que le invite. Y yo que no. Y él que sí. Y yo que no. Entonces él me dice que conforme, que no le invite, pero que le cante algo por favor, que no se puede marchar de allí sin oír mi maravillosa voz. Naturalmente, me sentí muy halagado y decidí aceptar la propuesta y dedicar una canción a aquel zorro. Al fin y al cabo, pensé, cantar no me cuesta nada. Pero estaba muy equivocado. Me costó el queso. El queso entero. Porque, claro, abrí el pico para cantar y...

No, no hay que hacer caso de lo primero que nos cuenten, porque lo más probable es que se trate de alguna vieja historia cien veces escrita. Es necesario seguir volando y contemplando el paisaje —los puentes, los barcos, las grúas— hasta el momento en que los sensores de nuestro pequeño cohete comiencen a silbar avisándonos de la proximidad de alguna historia realmente válida. ¿Silbarán nuestros sensores? ¿Podremos encontrar algo? Naturalmente que sí. Al contrario de lo que preguntas de ese tipo darían a entender, el problema del escritor a vuelapluma no es la escasez de historias, sino su infinidad. En las montañas hay cientos de ellas, en los valles hay miles de ellas, en las ciudades hay millones de ellas. Por ejemplo, en Bilbao —la ciudad que nos sirve de modelo en este método—, una pluma voladora puede encontrarse enseguida con el caso de aquel avión de guerra alemán Dornier 17 que un domingo de abril de 1937 fue abatido por los defensores de la ciudad:

«Los otros dos alemanes —dice la historia— cayeron en el

Nerviión. Trataron de saltar, pero los paracaídas no tuvieron tiempo de abrirse y se estrellaron contra el agua, muriendo del golpe. Uno de ellos tenía un aspecto normal, pero el otro dejó estupefactos a los vascos. Jamás habían visto nada igual. Le dieron la vuelta a aquel cuerpo largo y rubio. Tenía la cara magullada, pero así y todo les pareció algo extraordinario: sus cejas estaban depiladas, y la boca, pintada de rojo. No del rojo de la sangre que le corría del extremo del labio. Observaron que sus manos eran blancas y muy finas. Las uñas tenían hecha la manicura y estaban primorosamente cortadas en punta y esmaltadas. Muy raro. Los vascos colocaron el cadáver, un tanto confusos, en un automóvil y lo enviaron a la Sanidad Militar. Era extraño, pensaron, que los alemanes utilizaran mujeres como pilotos de guerra. ¿Qué es lo que iban a inventar después? Sin embargo, los doctores de la Sanidad Militar eran hombres de experiencia. Desnudaron el cadáver y lo examinaron detenidamente. Tenía afeitado el pelo de las axilas y llevaba ropa interior femenina de color rosa. Pero llenaba, a duras penas, los requisitos de la virilidad. Como decía la revista *Aeroplane* en su edición del 28 de abril, el Dornier 17 estaba haciendo una labor muy útil en España. El balance del bombardeo realizado por la *mujer* y sus compañeros fue de 67 muertos y 110 heridos...»

Una historia oscura, terrible, excepcional, esta que en su día contó el periodista del *Times* G. L. Steer, pero una historia que, a pesar de ello, de poco nos sirve a los escritores a vuelapluma. Imposible lograr la hondura que se necesitaría para desarrollar la anécdota. Quizá Shakespeare o Cervantes pudieran, aun escribiendo rápidamente, lograr tal hondura; pero nosotros, que, por muy alto que volemós, difícilmente llegaremos a las cimas clásicas, no debemos jugar alegremente con ciertas cosas. Como dijo un poeta japonés: es fácil romper la rama del cerezo; devolver la rama al árbol, en cambio, es imposible.

Así, pues, el problema no es encontrar una historia, sino dejar de lado la inmensa mayoría de las que —desde las casas, desde los puentes, desde los barcos— ascienden por el aire y llegan hasta nosotros. El problema puede, además, agravarse cuando lo que se sobrevuela es la parte antigua de la ciudad —las Siete Calles de Bilbao, por ejemplo—, lugar donde el número de historias suele incrementarse de forma exponencial. Cuando los autores de este método logramos despertar nuestro CEV y nos dispusimos a realizar un ejercicio de prueba nos encontramos con la sorpresa de que los sensores de la pluma voladora se volvían locos y nos obligaban a descender a la citada zona antigua de la ciudad. Inmediatamente, la pluma comenzó a transmitir una historia:

«La cosa empezó ya en invierno. Hubo un baile. Tronaba la

música, ardían los candelabros, los caballeros no perdían el arrojo, y las damas gozaban de la vida. Se bailaba en los salones, se jugaba a las cartas en los gabinetes, se bebía en el ambigú, y en la biblioteca se hacían frenéticas declaraciones de amor. Lelia Aslovskaya, una rubia regordeta y sonrosada de grandes ojos azules, cabello largo y con el número 26 en su tarjeta de identidad...»

Al principio nos las prometíamos muy felices, pero el que la protagonista de la historia se llamara Lelia Aslovskaya nos hizo sospechar. Hicimos que el ritmo de nuestra respiración descendiera todavía más y, una vez conseguida la máxima concentración, visualizamos claramente el lugar desde el que transmitía nuestra pluma voladora. Había allí miles de libros, y un rótulo que, en letras verdes, decía: «Librería.» Claro, la pluma estaba copiando un cuento de Chéjov, el titulado *Una historia ruin*. Lo mismo podía haber copiado el *Peter Pan*, de Barrie; el *Viaje a la semilla*, de Carpentier, o el *Satan alive*, de Ignatius Nipos. En cualquier caso, no nos servía. Nuestro método trata de enseñar a escribir a vuelapluma, y no a plagiar, como otros que se han publicado por ahí.

La experiencia de la librería nos sirvió para comprender la importancia de una adecuada lectura de los sensores. Nada de seguir las señales fuertes, que anuncian una elevada concentración de historias o, en su defecto, algún caso histórico notable; al contrario, hay que comportarse como el ojo que llega al bosque y se pone a observar un gusano o una ramilla; hay que buscar la poquedad, la palabra humilde, las señales débiles. La señal de una carta, por ejemplo, la de unas líneas vulgares que dicen:

«Querida Pilar: te escribo para darte noticias de padre. Como sabes, salió bien de la operación de próstata, y ya está en disposición de hacer vida normal. Sin embargo, el paso por el hospital le ha cambiado. Ahora se muestra siempre absorto e indiferente a casi todo. Digo casi todo porque hay algo que sí le preocupa: la gimnasia. Te lo digo como es: se pone a hacer gimnasia en cualquier momento del día y de la noche; yo creo que, sumando todas las veces, lo menos emplea cuatro horas al día. Hablé de ello con el médico, porque a mí me parecía que tanto ejercicio no podía ser bueno, y él estuvo de acuerdo. Dijo que con media hora diaria de gimnasia suave bastaría. Pero lo único que he conseguido es que padre se enfade conmigo. Sigue haciendo la misma gimnasia de antes, pero en vez de hacerla en casa, ahora la hace en el parque. Eso es lo que me han dicho varios vecinos, y seguro que es cierto. Así es que estoy pensando en un traslado. Tú podrías tenerle una temporada ahí en el pueblo, porque es posible que al encontrarse en su ambiente de antes se le pase el susto de la operación y deje de hacer tanta gimnasia. Dime algo enseguida, que a mí no me parece cosa de broma lo que le

está pasando a padre.»

Bien, ya tenemos algo. Una historia humilde, desde luego, una historia que, como les sucede a los jugadores que esperan un gran premio y luego se han de conformar con una fichita roja, decepcionará a todos los que, confundiendo los términos, utilicen este método con la mirada puesta en la gloria rápida. Sin embargo, la pluma voladora ha conseguido saber algo que cierra el misterio que referíamos al principio: aquel supuesto bailarín, el anciano que veíamos brincar en una de las plazoletas del parque, estaba en realidad haciendo gimnasia. De ahí que estuviera completamente solo; de ahí que, ante el temor de ser descubierto en plena infracción del consejo dictado por el médico y luego mil veces repetido por su hija, se pusiera a disimular nada más sentir la proximidad de alguien. En su poquedad, ¿no habla esta historia de los grandes temas? ¿No habla del miedo y de la soledad? ¿No habla de la pérdida irreparable de la juventud? Así pues, ya podemos encaminarnos hacia el punto final. Debemos recuperar nuestro ritmo normal de respiración, debemos hacer que nuestro cohete abandone los cielos de Bilbao y vuelva a nuestra mesa.

Pues no. No debemos hacer nada de lo que, para poner a prueba el coraje de nuestros alumnos o lectores, acabamos de afirmar. Un escritor a vuelapluma debe mantener el pulso y seguir en contacto con ese cohete que, con los sensores cada vez más afinados, va reuniendo y filtrando información. Quizá sea esto, además —la confianza ciega en su propia CEV—, lo único que diferencia a los escritores a vuelapluma de los que no lo son. También en este caso resistir es vencer. Así nos ocurrió a nosotros a la hora de escribir el ejercicio que ilustra los diferentes pasos del método. No nos llegaba nada interesante, pero aguantamos. Seguimos esperando algo que tuviera relación con la historia del anciano que hacía gimnasia. Y ese algo llegó, aunque no fue lo que suponíamos. Lo que nos transmitió la pluma voladora fue una segunda carta que decía lo siguiente:

«Querida Arantxa: aunque no he leído todos los libros y quizá no tenga todavía derecho a la aventura, ¡me voy! ¡Me voy en mi barquito de vela, de Bilbao a Finisterre, y de allí, bordeando la costa portuguesa, a las Azores! Además, el viaje de este año promete ser muy interesante. Resulta que puse un anuncio en el periódico diciendo que si había alguien que supiera tocar el acordeón y quisiera hacer un viaje en velero, no dudara en ponerse en contacto conmigo. Pues bien: el único que acudió, con su acordeón y todo, fue Donato, un señor que, desde luego, toca muy bien, pero que debe de tener, asómbrate, unos setenta años. Como mínimo, setenta.

Al principio no me atrevía, pero al final se lo dije. Que el viaje podía ser muy duro, que había que tirar de las velas, cuidar del equilibrio del barco, hacer guardias; en fin, que había que hacer cosas que incluso a la gente joven solían pesarle. Va entonces el hombre y se me pone a hacer gimnasia allí mismo, en la notaría. Lo menos hizo veinte flexiones seguidas. Me dijo que no me preocupara por él, que llevaba mucho tiempo entrenándose en casa y en el parque, y que tenía muchísima ilusión. Sinceramente, no me pude negar. Salimos la próxima semana. Ya te contaré a la vuelta. Aunque lo que voy a hacer es escribir un libro, uno que se titule *El notario, el viejo y el mar*. En fin, hasta la vista.»

Por pequeños que sean los misterios, cerrarlos no resulta fácil. Creíamos estar ante una historia dramática, la de un hombre asustado a causa de un ligero roce con la muerte, y he aquí que la historia puede ser muy diferente, la de alguien que está dispuesto a luchar contra el destino, o, mejor dicho, la de un anciano que hace gimnasia para convertirse en un vikingo de los que viajaban en la proa de su embarcación desafiando a las olas, al viento y a los cormoranes. ¿Con cuál de las dos posibilidades deberíamos quedarnos? Pues con las dos, naturalmente. O, mejor dicho, con las tres, ya que disponemos de una tercera. Efectivamente, nuestra pluma voladora ha conseguido detectar —entre todas las que acaban de llegar a la ciudad— una tercera carta que también tiene que ver con el caso, y que dice:

«Mira, hijo mío, vosotros sois tontos. Si he entendido bien lo que le dijiste ayer a tu madre por teléfono, habéis desafiado a ese anciano del barrio, al tal Narciso, a dar cincuenta vueltas a la fuente, él por dentro, corriendo pegado al anillo de la fuente, y vosotros, uno de vosotros, por fuera. De los demás lo entiendo, pero de ti no. ¿De qué te sirve ser el hijo del profesor de geometría? ¿Qué? ¿No caes todavía? Pues te lo explico. La fuente de nuestro barrio forma una circunferencia de aproximadamente metro y medio de radio, de donde se deduce que quien corra pegado a ella deberá hacer, por la regla del *dos pi erre*, unos 9,5 metros por vuelta. En un total de 50 vueltas, algo menos de 500 metros. En cambio, el que corra por fuera, aparte de la incomodidad de no tener la referencia de la pared de la fuente y de estar expuesto a los empujones que el contrario, Narciso en este caso, pueda darle, tendrá que hacer, según calculo, más de 900 metros. Pues bien, a ver si os vais enterando: ninguno de vosotros es capaz de hacer 900 metros en el tiempo que tarde Narciso en hacer los 500. Menos aún tratándose de él, con lo bien que se conserva y la afición que le tiene a la gimnasia. Acabo de hablar con tu tío y me ha dicho que le ve a todas horas en el parque haciendo ejercicios y entrenándose. Así que id preparando el dinero que os corresponderá pagar por la apuesta. A ver si así aprendéis a

respetar a los ancianos y a no jactaros de vuestra supuesta superioridad, la cual, por cierto, es inexistente de hombros para arriba. Y nada más. Intentaré comunicar contigo por teléfono, pero, por lo que veo, nunca estás en casa. ¡Y eso que te quedaste en Bilbao para mejor preparar los exámenes de septiembre! Desde luego, tú y yo vamos a tener una conversación en cuanto vuelva de las vacaciones.»

Efectivamente, tres son las posibilidades, de tres lados diferentes podría caer la solución de nuestro pequeño misterio. Incluso podrían ser más, siempre que mantuviéramos a nuestra pluma ahí arriba, sobrevolando la ciudad como lo que en realidad es, un cohete espía. Pero los folios que habíamos numerado al principio —uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once— ya están casi llenos, y nuestro ejercicio debe terminar. Seguro que no todos habrán quedado satisfechos. Los amigos de los finales cerrados, por ejemplo, se sentirán decepcionados, igual que los aficionados a los métodos detallistas y, al cabo, mecánicos. Y, por definición, tampoco quedarán satisfechos los que nunca quedan satisfechos con nada. Pero, en fin, creemos que también cabe la posibilidad contraria. Quizá algunos lectores hayan quedado satisfechos. Quizá haya ahora en el mundo más escritores a vuelapluma de los que había antes.

La pluma voladora vuelve a casa con tranquilidad, serenamente. Por un momento, antes de entrar por la ventana, dirige su plumilla hacia la plazoleta del parque, ahora vacía como un cero, y luego hacia una luna que ya no parece llena de humo, sino un pedazo de torta de maíz. Sí, es de noche, hay que irse a dormir. Otro día continuaremos con nuestro método para escribir a vuelapluma, el mejor método para escribir a vuelapluma del mundo.